



Podíamos habernos equivocado de signo,  
de época, de humanidad,  
de amor (el primero).

Podíamos haber pensado  
en nuestros sueños  
que vienen en puntillas  
a equivocarnos de sentido...

Pero nunca nos equivocamos de tribu,  
de clan, de tótem,

de marihuana fumada en silencio,  
de la guitarra yamaha mal afinada,

o de un amigo que se nos escapa  
en cámara rápida

(se nos fue con la década).

como en una vieja película de Chaplín.

En el puerto de Liverpool  
existen las cavernas  
en donde se fuma marihuana  
y en donde el LSD  
-autorizado por el gobierno-  
se pasea desnuda entre las luces,  
cables blindados de alto voltaje,  
cuerdas, sonidos intermitentes.  
En las calles de mi pueblo,  
década del 60 y siempre,  
existen los bares,  
en donde la juventud se emborracha,  
juegan al truco  
(el as de espada y el as de basto  
son los más peligrosos),  
y en donde, por arte de magia,  
desde un parlante cagado por las moscas,  
se escuchan tangos de Gardel,  
corridos,  
rancheras,  
pasodobles,  
y el único disco de Los Beatles.

Cuando niños,  
no tan niños,  
no tan adultos,  
escuchábamos a Ricardo García,  
quien,  
desde Santiago de Chile,  
quienes,  
desde una radio Nobleza a batería,  
tratábamos de sintonizar el ranking anual,  
para escuchar en inglés,  
las canciones de cuatro muchachos,  
no tan niños,  
no tan adultos,  
que en esos instantes cantaban  
desde un lugar desconocido,  
pero que poco a poco,  
comenzábamos a comprender.

Nosotros no sabíamos nada,  
no escuchamos nada,

era otra hora, otro mundo,  
pero tan cerca de nosotros,  
cuando alguien nos dijo  
que algo había ocurrido en Manhattan,  
y nosotros no podíamos creer,  
es imposible, nos dijimos,  
pero si hace apenas  
20 años que los escuchamos  
(todos los días sentimos disparos  
a nuestras espaldas,  
y vemos cómo caen nuestros hermanos)  
pero no podíamos creer que él  
también había sido abatido  
como una vieja guitarra de Liverpool;  
no nos cabía en la imaginación  
que un viejo camarada de infancia  
nos había dejado para siempre  
con ese llamado incesante  
de teletipos que se nos mete  
como una mala conciencia  
(la UPI fue la primera, y en Chile, en un rincón  
de mi pueblo, tengo un boleto para viajar,  
me dejo crecer el pelo,  
mi padre enciende la pétromax),

mientras recorro mi memoria  
en busca de los amuletos,  
y mientras a miles de kilómetros,  
en Manhattan,  
(ciudad que no me puedo imaginar)

uno de ellos cae como un gorrión  
sobre una vereda sucia, mal iluminada,  
con olores fulminantes,  
en otra hora,

(quizás un espejo)

en otro mundo

(quizás un espejo)

pero tan cerca de nosotros,  
quizás tan cerca

de un maldito espejo.

Editó: Ediciones del Archipiélago  
Imprimió: Valle Sur Ltda. Fono 724 \* Castro  
Diagramó: Pedro G. Jara  
Director: Mario Contreras V.  
Tiraje: 300 ejemplares